

ABEL OLIVA MARES (†)

*N*ació en Ciénega Grande, Asientos, Aguascalientes, y fue estudiante de la primera generación del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes. Combinó su actividad de buen maestro de educación básica y superior con la de lector de literatura incansable. En sesiones de La Cofradía se le ponía atención por sus agudos, inteligentes y eruditos comentarios. Ante la imposibilidad de contar con textos literarios de su autoría, publicamos un texto autobiográfico de sus primeras experiencias como profesor rural de primaria, que se dio a conocer en un libro del CRENA, así como un fragmento de la entrevista que le hizo Gustavo Meza Medina y que se hizo pública en la revista *De Puño y Letra* del Instituto de Educación de Aguascalientes y en Radio UAA.

Un caminante nocturno vislumbra el alba

A Rolando Bernal A.

In memoriam

Tiempos azarosos me dispongo a vivir, nuevos lugares por explorar, sobre todo hazañas inéditas por realizar. En esta etapa intensa y memorable de mi existencia, la novedad es una tinta indeleble que penetraba desde la superficie de la piel hasta lo más profundo del alma, provocando una sensación de asombro, de gozo y de temor.

El ritual del “telegrama” cumplía su misión vaticinando aconteceres maravillosos. Qué complicado era tomar una decisión; el temor de equivocarse: ante la posibilidad de arrepentirse luego, de despojarse del confort y la seguridad que puede brindar un precario hogar, la promesa de un empleo alternativo (prefectura), esta opción la descarté y pude concretarla cuatro años más tarde.

En una panorámica retrospectiva se me revelan las verdaderas incertidumbres: el tránsito de la juventud a la edad adulta; la gradualidad de escalones que conducen a la conciencia del “yo”, un yo que no es otro, pero que a su vez se siente responsable de su destino, pudiendo ser un alumno, un hijo, un(a) esposo(a), un padre, un hermano o un amigo; la viabilidad de una vocación magisterial con presupuestos “resilientes” sedimentados en mi persona –dirían hoy los estudiosos–, una endeble formación inicial no determina un éxito docente.

Se me agolpan en la mente preguntas como aves chirriantes con “cruelles y bárbaros picotazos” que no he podido interpretar: ¿Seré buen maestro? ¿Transmitiré los conocimientos con sabiduría? ¿Compartiré con ellos valores de amor, justicia, verdad, honestidad...?

Y ahí vamos a aventurarnos por la vida con tembloroso paso e irregular cadencia. El viaje es a mi segunda patria

(Nayarit), a descubrir nuevos amaneceres y a dejarnos invadir por intensas emociones. Luego de llegar al lugar de las oficinas estatales de la SEP en Tepic, recibo mi primer lugar de adscripción –segundo ritual laboral–, donde se especifican el lugar, la zona escolar, el nombre del supervisor y la localización de su oficina. Nombres de lugares impronunciables, que escuchados por vez primera le agregan mayor desconcierto a mi angustiada y nerviosa actitud, por lo que no alcanzo a identificar el lugar asignado... tuve que confesar, con una timidez proverbial, que no había escuchado mi nombre.

Este proceso lo realizaban en un patio, comparable con un reclutamiento militar, sólo que en lugar de soldados, éramos los nuevos maestros designados. En este momento hago un espacio para citar algunos municipios de la entidad nayarita, apelo a tu empatía y comprensión, amable lector: Acaponeta, Ahuacatlán, Amatlán de Cañas, Compostela, Ixtlán del Río, Jala... y así llegar hasta Ruíz, lugar de mi asignación. No dudo que esta enumeración es un magro esfuerzo para tu intelecto; te pido que intentes pronunciar dos nombres más: Huaynamota y Mexcaltitán, en virtud de que estos lugares no son cabecera municipal no los he incluido en las líneas anteriores. Me doy cuenta de lo fácil que ha sido para ti, lector, superar el desafío, ahora te solicito una consideración con sabor a ruego: ¿podría exigírsele más a un joven e inculto maestro con apenas 19 años? Yo sé que no.

El arribo a Ruíz lo hice mediando la tarde con la intensidad del calor. La oficina de la supervisión escolar estaba en una escuela primaria. En ese momento el supervisor atendía a un maestro; la privacidad del asunto, los tonos de sus voces, la salida impetuosa y molesta del compañero presagiaban signos devastadores para mi diligente empresa. Para mi fortuna, el lóbrego horizonte se despejó con una expresión de la autoridad educativa pronunciada al invitarme a pasar a su privado:

— Deja que se vaya ese pinche joto, reclama tu lugar, debido a que eres de nuevo ingreso.

Supongo que desde entonces he enarbolado banderas a favor de la justicia y en contra de posturas homofóbicas, sin embargo, recibí mi adscripción a El Zopilote, sin ceder mi lugar. *Peccata minuta*. Pernocté en el aula de la misma escuela donde se ubicaba la supervisión, claro, con el debido permiso del director. Así, me dispuse a pasar la noche sin lograr conciliar el sueño debido al bochornoso calor y en especial al temor que sentí por unas pequeñitas lagartijas que se desplazaban con rapidez por el tejado inclinado; tiempo después conocí su nombre, “choras”, y lo inofensivas que eran.

Al siguiente día, muy temprano, me trasladé a una comunidad llamada El Venado. Lo hice en unos vehículos improvisados llamados “corridas”, que no eran sino un potente camión, una plataforma sin redilas, varias filas de bancas protegidas por lonas laterales que se doblaban o desdoblaban circularmente de acuerdo al clima lluvioso o soleado y, además, un ruinoso techo. Subirse era una proeza. Luego pedí el clásico “aventón”; unos ingenieros me pidieron que subiera a una camioneta con cámper y me dejaron de pasada en la comunidad. En virtud de que no podía ver el paisaje, por el movimiento pude darme cuenta del camino de terracería, lo sinuoso del trayecto, el esfuerzo del motor y la lentitud del vehículo, por todo ello supuse el ascenso de una montaña o varias.

Por fin había llegado a la comunidad, mejor dicho, mi comunidad. A partir de ese momento y hasta la fecha sigo siendo “el maestro Abel”. Un largo periplo de sabias enseñanzas, como carrusel de emociones que algunas veces transcurrían en un violento vértigo o sosegado ánimo. La mayor parte del camino ha sido compartido por una fiel esposa; juntos hemos obtenido, por partida doble, las primicias de la descomunal tarea llamada familia. Creo que al relatar a título personal algo que me conmueve el alma... también hablo de ellos. Éste es el juego.

Leer es como respirar¹

Ha sido un largo camino, pero bien andado, lo suficiente para poder hacer algunas sugerencias para fomentar la lectura. Aconsejo inundar todos los lugares públicos de libros, cualquier tipo de libro, hasta que veamos la lectura como algo inherente a la persona, como las funciones vitales: respirar, comer, trabajar, moverte. Así debe ser la lectura, no sólo como un accesorio o un lujo para algunos. ¡Debe ser para todos! Para lograrlo, debemos alejarnos de todos los acartonamientos, de la obligatoriedad de leer tal o cual cosa. Lo que importa es que el alumno –y sobre todo el profesor– lea cotidianamente. Para ello, toda estrategia es buena y cualquier lectura debe ser bienvenida. Que simplemente se lea y, a lo mejor, alguien pueda descubrir una receta de su abuela y hacer un libro, como *Afrodita*, de Isabel Allende. Que se lea y lea lo que sea, pero que lo haga con gusto, con placer, sin obligación. Esto es lo fundamental.

Se debe motivar la combinación de eventos culturales con la lectura: la música, la danza, el buen cine. Eso me ha dado buenos resultados a mí, tal vez porque soy un romántico empedernido que cree en las humanidades. Aunque soy un idealista irremediable, veo que en la actualidad se requieren cosas muy prácticas para fomentar la lectura en los niños y los jóvenes. Necesitamos un cambio de mentalidad. Inauguremos ciclos de lectura, en donde se priorice el placer por leer. Así, tendremos ciclos de literatura fantástica, de literatura romántica, de novelas de aventuras, de las cuales podemos recuperar, desde los caballeros del rey Arturo hasta los caballeros del Zodiaco, caballeros de cualquier cosa, que les interese a niños y jóvenes. Una vez que adquieran el gusto por leer, entonces sí, el niño, el joven, el maestro o cualquier lector novel, puede definir qué quiere leer; que elija lo que más le guste, lo que más necesite

1 Fragmentos de la entrevista realizada por Gustavo Meza Medina para la revista *De Puño y Letra*, No. 6, agosto-diciembre 2008, IEA, pp. 67-71.

y le convenga. Insisto, para fomentar la lectura se debe comenzar con lo que al lector le parece más atractivo, aquello que le proporciona mayor placer y que defina cuáles son sus preferencias. Seguro que llegará un momento en que los niños y jóvenes elegirán como lecturas preferidas, de una manera gozosa, a los clásicos, en especial a aquéllos que no están en los programas escolares.

Ésta es mi propia experiencia: cuando estudié en el CRENA no sabía qué era ser maestro. Es más, ésa fue la única opción que se me presentó como hijo de campesino ejidatario de Ciénega Grande, comunidad de Asientos, cerca de Carboneras. Ahí nací y viví mi niñez y adolescencia. Pertenezco a la primera generación de la Escuela Secundaria “Luchadores Agraristas” en Villa Juárez, hoy Escuela Secundaria Técnica No. 12. Del CRENA recuerdo a varios de mis maestros, verdaderos ejemplos que me motivaron a leer: Demetrio Rodríguez Orozco, Eleuterio Quiñones, Nezahualcóyotl Álvarez, Luis Octavio Regalado, Alfonso Román, Paulita y Claudia Elvira Figueroa Mascorro.

En la secundaria, por influencia de la directora y maestra de español Carmen Rodríguez Ventura, me fui encaminando a las humanidades. Consumía todo lo que encontraba y poco a poco fui formando mi gusto literario de manera autodidacta. Leí a Marcial Lafuente Estefanía; novelas wéstern clásicas, entre ellas *El hombre de las manos de cuero* y todas las que encontraba en El Intercambio Librero, la librería de segunda que tenía don Manuel, padre del profesor Sergio Velasco Yáñez. Soy de la primera generación del CRENA, 1972-1976, y tuve de compañeros a excelentes lectores, como Armando Quiroz Benítez, Fortino Valdivia, Francisco, alias Panchito, Juan Antonio Arroyo y Rosa María Acosta Luévano. Creo que siempre fui un alumno dedicado al estudio y he aprendido, tanto en mi formación normalista como en mi práctica docente, a gozar de la lectura y tratar de transmitir mi entusiasmo a otros.

Mi primera experiencia docente fue en la comunidad El Zopilote, la escuela tenía 45 alumnos distribuidos en cuatro grados. Era una escuela unitaria donde uno hace de todo: fui maestro, director, intendente, psicólogo; no fui partero porque en ese tiempo no hubo nacimientos. También me puse en contacto con el Instituto Nacional Indigenista y llevé una brigada de salud a la comunidad. En la escuela no había ningún material, tuve que conseguir hasta los libros para los niños, no había libros, tampoco llegó alguna biblioteca ambulante. ¡Ninguna! Los alumnos en esa comunidad tenían muchas habilidades manuales. Tejían la palma y sabían hacer objetos artesanales de estambre y chaquiras. Mientras permanecí en El Zopilote me dio por leer sólo libros comerciales, *El día del Chacal* de Frederick Forsyth, que narra el intento por asesinar al presidente Charles de Gaulle; *La isla de los hombres solos*, historia con la cual me sentía muy identificado. Tenía tiempo para leer, pues aunque trabajaba mucho durante los días hábiles, los fines de semana era mi entretenimiento, mi distracción y mi nexos con el mundo.

En las vacaciones de 1977 entré a estudiar a la Normal Superior de Aguascalientes; también fui de la primera generación de la Licenciatura en Español. Ahí me encontré al profesor Wilihaldo Oropeza, maestro de literatura, y nos dio una clase que se llamaba Lenguaje Total, fue principalmente él quien reorientó mi gusto por la lectura. Leí *La regenta* de Leopoldo Alas, Clarín; *La metamorfosis* de Kafka; *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, y *El extranjero* de Albert Camus, que me dejó la preocupación de cómo un acontecimiento pequeño puede trastornar todo un sentido de vida. Con ese curso logré establecer un buen nivel de lectura, pues, mientras mis compañeros sólo citaban fragmentos de algún texto de la literatura mexicana o universal, yo podía hablar de toda la obra, pues ya la había leído.

En ese tiempo, todos los días me despertaba de tres a cuatro de la mañana, sólo para escuchar música, porque El Zopilote estaba tan alejado que sólo a esa hora podía sintonizar la LG de

León, Guanajuato; al escucharla sentía tanta nostalgia y agrado porque me hacía estar cerca de mi Aguascalientes; como a las cuatro o cinco y media de la mañana había interferencia y se perdía la frecuencia, pero no le cambiaba de estación. Durante todo el día sólo se oía la estática y yo la dejaba encendida, sólo con el zumbido, pues a las tres de la mañana la grabadora captaba la frecuencia y me volvía a despertar.

Al término del ciclo escolar me dieron el cambio a la comunidad de El Venado, donde había una organización escolar completa; trabajábamos 12 maestros y como supieron que ya estaba estudiando en la Normal Superior, me invitaron a ser maestro de la secundaria de la comunidad, una secundaria que se formó con mucho altruismo. En 1980 me fui a Querétaro, a La Valla, San Juan del Río. Sólo trabajé tres meses porque había una violencia social muy fuerte. Me regresé a Aguascalientes y me quedé a trabajar en secundaria. Inicié como prefecto y maestro de español. Con los muchachos, organicé el primer festival de teatro escolar. Fueron mis tiempos de mayor acercamiento a la obra de Juan Rulfo; gusté y compartí con mis alumnos los cuentos de *El Llano en llamas*, conocimos a Juan José Arreola y a Emilio Carballido, de quien utilicé, con muy buenos resultados, su antología de teatro con los chicos de secundaria. En este periodo aventajé mucho en mis lecturas, leí *Siddhartha* y *El lobo estepario*, de Herman Hesse. Me identificaba mucho con este autor, tal vez por mi estado de vida de soltero, solitario y soñador, en búsqueda de identidad, como Siddhartha.

De 1980 a 1992 trabajé en la Secundaria Federal No. 5, al lado del director-fundador de la escuela, César Peña. Lo más significativo en esta secundaria fue que conocí a mi compañera Martha Hilda Salazar Chávez, maestra de ciencias naturales. Siendo prefecto tuve que regañarla en una ocasión que llegó tarde (no solía hacerlo). Tal vez por eso ella me recuerda en una oficina del Instituto de Educación con una postura intolerante y de mucha exigencia. No sé si por eso se enamoró de mí.

Después de haber sido representante sindical, retomé mi camino como lector con más entusiasmo y leí mucha poesía: Efraín Huerta, Rosario Castellanos, Federico García Lorca, una antología de poesía trunca de los combatientes de la guerrilla centroamericana, entre otros. En ese tiempo transitaba por una etapa de desencanto, en donde sentía que mi trabajo era estéril. Sentía también cierta nostalgia por la actividad sindical; quería volver al sindicato, al centro de los reflectores. Pensaba como Nicolás Maquiavelo: “Quiero que el Estado me llame”. No me llamaron del sindicato, pero sí del Instituto de Educación de Aguascalientes. En 1998 me pidieron que colaborara con un equipo de actualización del IEA, para trabajar con maestros en el SEPAM (Sistema Estatal para la Actualización de los Maestros). Luego ingresé a la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 011 de Aguascalientes, donde me dediqué a la difusión, a seguir estudiando, a preparar a nuevos maestros y a desarrollar otras habilidades. Ahí comenzó mi afición por los juegos, en el programa de la Licenciatura en Educación. Me tocó una materia de salud y educación física, en la cual se incluye una unidad llamada “Cuando juegan los niños que aprenden”.

Y aquí estoy, donde me ven, todavía en el camino de ser lector. Creo que he avanzado y, aunque leo mucho, incluso más que antes, ahora soy más selectivo. Cada vez me convenzo más de que todas las cosas tienen belleza si la sabes buscar. Para eso ayuda también la lectura, para aprender a disfrutar lo bello de la vida, de las experiencias y de las personas, como dice Robert Louis Stevenson: “A un objeto, si se le ve detenidamente por las dos caras, termina uno por encontrarle belleza a pesar de que a primera vista no lo representa”. Éste ha sido mi camino como lector y lo he disfrutado. Creo que todos caminaremos senderos diferentes, pero lo importante es llegar al mismo punto: hacer de la lectura algo indispensable, vital... Así como respirar.

